

Maduración afectiva y fe cristiana

Xavier Thévenot, sdb

El cristiano es una unidad total: ser de espíritu, también ser de carne; ser de palabra y también de afectos. Los autores espirituales del pasado tenían bien claro esto. Refiriéndose a las tres facultades del hombre descritas clásicamente por la filosofía -la voluntad, la inteligencia y la sensibilidad- cuidaban de no ocultar el lugar y el papel de cada una de ellas en el encuentro con Dios. Específicamente, la sensibilidad era objeto de múltiples consideraciones, ya que podía ser una oportunidad para acoger mejor el Reino y como un riesgo de alienación en una falsa religiosidad. La coyuntura eclesial actual, en la que lo emocional llama la atención (demasiada, en opinión de algunos), obliga prestar atención nuevamente al rol de la afectividad en la vida espiritual.

La maduración de la afectividad

Es difícil definir el contenido del concepto afectividad. Se puede afirmar que este concepto hace referencia, o apunta, a dos conjuntos de realidades: a los afectos fundamentales, por un lado, y por otro, a sentimientos múltiples. Ordinariamente hay cuatro afectos que “tocan” a las personas: el temor, la cólera, el placer y el dolor. Y estos afectos son la base de una serie de sentimientos y de estados emocionales diversos. Por ejemplo: la angustia, la ansiedad, el temor, el odio, el enfurecimiento, el amor, la ternura, la amistad, la simpatía, la alegría; el sufrimiento, la pena, la tristeza... Cada uno de estos afectos y de estos sentimientos se liga a los demás formando un sistema complejo y dinámico. Están de tal manera entretejidos que si se modifica profundamente uno solo de los elementos del sistema, el conjunto de la vida afectiva se reorganiza de una manera diferente. Por ejemplo, si se cambia la forma de ubicarse la relación de la persona respecto a su

temor a Dios, se modificará consecuentemente y al mismo tiempo, su relación al placer y su capacidad de encolerizarse. Se da una gran complejidad en el rejuego de la afectividad en las relaciones con Dios. Allí entra en juego y se moviliza toda la vida pulsional del sujeto, en sus dimensiones sexuadas y agresivas, en sus experiencias pasadas -a veces ya muy antiguas- de frustración y gratificación.

Este rejuego subyace a todo el proceso de maduración. Este proceso conduce al niño, inicialmente encerrado en una experiencia de fusión de vida con su madre, a ser un sujeto capaz de reconocer plenamente la alteridad, sin perder por eso el sentimiento de su unidad interior. La madurez es ese estado psíquico constituido por la sutil articulación de narcisismo y de la toma en serio de la alteridad. De narcisismo, en el sentido de que el sujeto equilibrado tiene un justo amor de sí mismo que le proporciona el sentimiento de una cohesión interna y de una amabilidad profunda. De tomar en serio la alteridad, porque el sujeto debe construir su vida individual y social sobre el cimiento del reconocimiento de las grandes diferencias de la existencia: las del sexo, del tiempo, del espacio, del prójimo y, por otro capítulo, de Dios.

Se puede entrever que el establecimiento de este frágil equilibrio entre el amor de sí mismo y acoger al otro no se alcanza bruscamente, de un día para otro. El psicoanalista inglés Winnicott ha subrayado lo necesario que es conducir al niño que sale del estado de fusión hacia áreas o experiencias de transición en que las fronteras entre el yo y el otro están un poco nebulosas. Gracias a ese tipo de experiencias y a la ilusión que conllevan, el niño podrá escapar al trauma que produce el choque de la alteridad. Podría así, sin perder su seguridad de base, acostumbrarse poco a poco al hecho de que la vida es siempre un trabajo simultáneo de duelo y de re-surrección, de desilusión y descubrimiento, fuente de paz. Un trabajo que conduce a un buen equilibrio entre el narcisismo y el espacio que se le concede al otro. Trabajo que el sujeto debe desarrollar en cada etapa de su historia y en cada área de su existencia; específicamente en las áreas de su vida afectiva y de su relación explícita con Dios. Esa es la razón por la que existe una estrecha interacción entre la evolución de la vida afectiva y la de la vida espiritual.

Mi tesis consiste en afirmar:

- En cada cristiano se da un círculo entre la percepción de las diversas realidades de la fe y su vida afectiva;
- Este círculo puede ser mortal si se vive en la forma de adicción-apego a un ídolo; pero resulta vivificante si se vive bajo la forma de apego a un icono.

La afectividad ante las realidades de la fe

Examinando la primera parte del círculo: la vida afectiva influye sobre la percepción y la acogida de las realidades de la fe. Parece preferible hablar de "realidades de la fe" más que de Dios.

Primeramente por razones psicosociológicas. El cristiano, en su religión, no se encuentra únicamente ante la realidad divina invisible; sino también ante los textos, los grupos humanos, los ritos, de los cuales se afirma que son portadores de Dios. Sus apegos afectivos a lo divino deben situarse necesariamente respecto a estas diferentes realidades. Además, por razones teológicas principalmente. La tradición cristiana nos invita a tener bien claro un doble dato: la Trinidad ciertamente está en relación inmediata con el sujeto creyente, porque cada una de las personas divinas, como afirma el evangelio de Juan, hace su morada en aquél que ama y constituye así con él una relación de cercanía extrema. Y la Trinidad instaura entre Ella y el creyente una relación que lo remite incesantemente a las mediaciones.

El Padre se reveló a través de la mediación de Jesús de Nazaret muerto en la cruz, que dejó una tumba vacía, resucitó y finalmente desapareció a los ojos de sus discípulos "subiendo al cielo". De ahí que ver, escuchar, tocar a Cristo no se puede ya hacer sino por una nueva mediación: aquella que los teólogos llaman la "figura de la Revelación". Figura constituida por diversas realidades articuladas armónicamente entre sí: el rito de la liturgia y especialmente la celebración eucarística que convoca a la oración; la Escritura, que invita a una lectura sapiencial; la Iglesia que invita a la comunión de sus miembros; la humanidad que llama a vivir una ética del ágape; el mismo cosmos que exige ser respetado. Así, la vida espiritual que bajo la acción del Espíritu Santo es acogida a Cristo viviente y reconocimiento gozoso de la paternidad divina, es simultáneamente acogida y reconocimiento -en su propia consistencia- de cada una de las realidades de este mundo.

A riesgo de naufragar en un universo totalmente ilusorio, el cristiano para vivir su relación a Dios debe, necesariamente, situarse ante cada una de estas realidades. lo hará a partir de lo que él es; específicamente, a partir de las posibilidades que le permiten su afectividad y su estructura psíquica y los límites que le imponen. La vida afectiva del cristiano, esta vida, hecha de temores, de cóleras, de placeres, de sufrimientos, de repulsiones, de sentimientos de ternura va a sostener el apego privilegiado y sano a ciertas realidades de la fe, la huida frente algunas otras, la

deformación de varias de ellas. Ilustremos esto con un ejemplo que se encuentra a menudo entre los jóvenes cristianos en nuestros días.

Ejemplo: un sujeto con rasgos narcisistas

Imaginemos un sujeto con rasgos narcisistas muy marcados. Sabemos que un sujeto así, debido a eventos familiares traumatizantes vividos durante su primera infancia, ha visto bloquearse el desarrollo de su vida psicoafectiva desde muy temprano, antes de que hubiera podido entrar en el complejo de Edipo. De igual manera, tampoco ha podido vivir suficientemente el enfrentamiento de la diferencia de los sexos y de las generaciones que conducen a la resolución de este complejo. Una persona así va a constituir sus relaciones afectivas no bajo el modo que reconoce plenamente al prójimo en su diferencia y su autonomía, sino al modo de una expectativa muy fuerte respecto del otro, considerado como fuerte, grande, sin fallas. Se trata de ser totalmente amado por este otro idealizado y de poder apoyarse en él. La angustia típica de este tipo de sujeto es la angustia de perder este "objeto de amor", o de ser abandonado por él. Si el personaje amado llega a fallar surgirá la depresión, y a veces muy profunda.

El sujeto narcisista coloca muy alto el ideal en el que sin darse cuenta se confunde (se ilusiona). Lo que considera amor puro es, de hecho, en gran medida, búsqueda inconsciente de sí mismo. Se considera "completo", de "una pieza", y consecuentemente realiza sus elecciones de vida al estilo de todo o nada. Así, es fácilmente atraído a estados de vida que le parecen absolutos, como la vida religiosa en la cual su existencia será "toda entregada a Dios". Para mantener su equilibrio y luchar contra las tendencias depresivas que lo acechan utiliza un sistema de defensa que consiste en dividir su campo relacional en dos sectores: uno que le permite tener relaciones normales bien inscritas en la realidad; y el otro, que le hace desarrollar relaciones idealizantes. Finalmente, cuando falla en relación a su ideal experimenta una muy fuerte angustia de culpabilidad; al mismo tiempo encuentra muy difícil distinguir entre lo que es falla debida a sus limitaciones de ser humano, y lo que es falta moral que compromete su responsabilidad ética.

No es difícil entrever, al considerar estos datos, cómo un sujeto con ese tipo de organización de su psiquismo y de su vida afectiva, tiene posibilidades de apegarse a las diversas realidades de la figura de la revelación, o de protegerse de ellas ya sea huyendo o deformando.

Su búsqueda de un personaje grande, fuerte, sin fallas, que lo ame a pesar de su indignidad, en quien se pueda apoyar plenamente y cuya solicitud hacia él jamás fallará, condiciona en parte su apego a Dios a quien captará como alguien que

corresponde perfectamente a sus expectativas más o menos conscientes. Así, también vivirá sus primeros apegos al Señor de manera particularmente gratificante, experimentando una serie de consolaciones que no dejan de evocar, para tomar las imágenes de la Biblia y de San Juan de la Cruz, el estado beatífico del pequeño prendido al seno de la madre.

En su lectura de la Escritura, tenderá a seleccionar ciertos pasajes, o a deformarlos, de manera que pueda “escuchar” que Dios le “dice” lo que desea su inconsciente. Por ejemplo, estará fascinando no por el misterio de la encarnación como los presentan los evangelios, misterio que confronta profundamente los límites de lo real, sino por el del pesebre en el que un pequeñito, salido de una madre virgen, es venerado no sólo por sus padres, sino también por los hombres importantes: los magos venidos de oriente.

Su apego a la Iglesia surgirá frecuentemente como resultado de la admiración que provocan en él los grandes testigos de la fe: le gustaría tanto ser como ellos: ¡alguien que se entrega sin compromiso al Señor! Su ideal se refuerza con la contemplación de estos personajes maravillosos, hasta hacerles sentir un gran deseo de sufrir como ellos por Cristo.

De la ética cristiana, conservará principalmente los preceptos del amor de Dios y el amor al prójimo, olvidando articularlos con el precepto de amor de sí mismo. El “olvido de sí” a que se siente invitado se transforma en un dañino olvido del yo, que oculta mal una búsqueda malsana de absoluto. La dimensión sexuada del amor, que está tan presente en la Biblia, será más o menos desatenida, o bien, será reinstaurada de manera excesiva en los afectos vividos en la oración. La dulzura promovida por el sermón del monte será invocada para mantener alejado todo movimiento de cólera, permitiendo así al sujeto el considerarse como por encima de la condición humana habitual, marcada por la sexualidad y la agresividad. A menudo utilizará el tema del pecado para exacerbar el sentimiento de indignidad, lo que puede ser una manera desviada de asegurarse de que uno es amado por Dios de manera bien incondicional.

El apego al cosmos, creado en Cristo y por El (Col 1,16) tenderá a mantener un vínculo con la naturaleza vivida como una buena madre nutricia; pero con la desconfianza hacia todo aquello que recuerda lo que uno comparte con ella de finitud.

Finalmente, la oración y los ritos litúrgicos harán buscar de manera privilegiada los momentos en que uno puede en cierta manera “palpar” la presencia de Cristo, olvidando que en su cuerpo resucitado El no tiene ya más un estatuto espacio-tem-

poral. La aplicación de sentidos cuya finalidad precisamente es hacer captar que Cristo se encuentra también según la dimensión corporal de la persona humana, pasará por alto el someterse al necesario trabajo de una teología negativa: Dios no se encuentra simplemente “al final, o al extremo, de nuestros sentidos”, como tampoco se encuentra “al final, o al extremo de nuestra búsquedas conceptuales”. El tema de la presencia inmediata de Dios queda entonces mal equilibrado en relación al de las mediaciones necesarias para el encuentro con el Señor.

El ejemplo utilizado del sujeto de rasgos narcisistas marcados permite entrever que esta organización afectiva presenta sus posibilidades y riesgos para acoger cada una de las realidades de la fe. Así sucede también con cualquier otra organización afectiva. Ciertamente en el caso del sujeto narcisista, el apego a Cristo es, como en el caso de los discípulos de Emaús, demasiado idealizado; aunque esto no impide que se dé el apego. Y el apego a una realidad no es nunca puramente la expresión de tendencias inmaduras o patológicas. Siempre hay una “parte sana” en el sujeto que hace alianza con la realidad a que se apega. Y si esta realidad es sana, entonces se operará en el sujeto una purificación de sus apegos, que lo llevará a una desilusión y a una cierta maduración de su vida afectiva. Y esta es la otra parte del círculo entre la afectividad y la vida espiritual.

La purificación de la vida afectiva

Esta segunda parte del círculo se puede formular como sigue: las realidades de la fe purifican los apegos afectivos de la persona. En efecto, si uno cree con la Iglesia que Cristo vino a asumir la condición humana y a salvarla, entonces, adherirse a las realidades por las cuales El se deja ver, escuchar, ser tocado, no puede menos que operar un movimiento de purificación de la vida afectiva. Pero es importante tener presente que esa clase de movimiento no se dará habitualmente de manera milagrosa. Ordinariamente Dios actúa a través de las mediaciones que se han señalado antes como elementos de la figura de la revelación: la liturgia, la Escritura, la Iglesia, la humanidad, el cosmos. Por otro lado, la gracia de Dios deja subsistir en su consistencia propia la naturaleza humana: actúa a través de las estructuras del sujeto que muy frecuentemente se “cristalizaron” desde muy temprano en su infancia y son ya en gran parte inmodificables.

El movimiento de purificación de la vida afectiva por los elementos de la figura de la revelación se va a vivir según diversas modalidades. Habrá aspectos frustrantes y burdos; algunas veces se tratarán de verdaderos trabajos de duelo y aún de “noches oscuras” que parecerán quebrantar los procesos psíquicos de defensa y que

podrán conducir a angustias extremas. Otras veces se tratará de momentos de “resurrección”, en que el sujeto captará que los auténticos apegos a Dios contribuyen a restablecer su agresividad, sus placeres, sus apegos sexuales, con mayor verdad humana. De allí los grandes momentos de paz, tal vez en medio mismo de una verdadera revolución psíquica. De allí también que se den oleadas de gozo profundo que no tienen nada de delirio pues están profundamente ancladas en lo real. Para ilustrar cómo se vive este movimiento de purificación volvamos al ejemplo del sujeto narcisista.

Su apego a Dios está construido en buena parte por la búsqueda de un personaje cuyo amor sea indefectible, grande y potente, en el cual pueda encontrar apoyo. Ahora bien, sucede que el Dios anunciado por Jesucristo -el Dios que el sujeto contempla en su oración- se revela como un Padre que deja que su hijo experimente la kénosis hasta el punto de gritar: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” Retomando el lenguaje de los discípulos de Emaús: “aquél de quien pensábamos que liberaría a Israel” ha sido crucificado y reducido totalmente a la impotencia. El sujeto narcisista busca en la contemplación del pesebre un ser confortado, la seguridad de saber que es deseado por todos y objeto de admiración; que será el centro de las miradas del otro, y todo esto en un mundo en el que todo está reconciliado, ya que el asno y el buey están presentes para asociarse a la protección que viene de los padres. Pero la meditación de los evangelios de la infancia de Cristo manifiesta que Jesús por su venida desencadena la violencia de los hombres, es ocasión de la masacre de los inocentes, conducirá a su madre a que su corazón sea traspasado. Acaba con el sueño de un mundo idílico en el que los actos buenos sólo producen el bien. El sujeto es invitado a captar que uno no puede aportar la paz sin sembrar simultáneamente las divisiones.

Esta “cura” de ambigüedad tendrá que hacerla el sujeto narcisista de manera más existencial respecto a su apego a la Iglesia, porque se presenta santa y pecadora a la vez. La encargada de “anunciar en el mundo las maravillas de Dios”, se muestra mezquina, alienada y decepcionante en muchos aspectos. Descubrir que la potencia de Dios hace fuerte dejando subsistir la debilidad es algo que provoca a un excelente trabajo de desilusión, y que prepara al gozoso despreocuparse de aquellos que saben en quién han puesto su esperanza.

La puesta en marcha cotidiana de las exigencias éticas de solidaridad con el prójimo, especialmente cuando éste es pobre u oprimido, opera el mismo tipo de sanación del narcisismo. El sujeto que pretendía, en su ilusión de omnipotencia infantil, constituirse en el salvador de sus hermanos, percibe al contacto con ellos que comparte la misma condición humana: como un ser de pulsiones, con una

sexualidad, con deseos agresivos, temores. Más aún, captará su connivencia con el pecado: él también está cercano a la alienación en los celos, el odio, el adulterio, etc. Así pues, al dejar su postura altiva de salvador de todos, descubre humildemente, a través de reacomodos importantes de su vida afectiva y pulsional, que también él está necesitado de recibir al otro y de acoger la salvación del verdadero Salvador que es Jesucristo.

Finalmente, la lenta y prolongada confrontación a su corporiedad, que poco a poco va deteriorándose por la edad y la enfermedad, le hace redescubrir cómo su ser está profundamente arraigado en el cosmos, dependiendo del clima, del sol, de la lluvia, de los elementos químicos que él absorbe. No encontrará manera de vincularse a este Dios de quien ha recibido el “aliento de vida” sin que en el mismo movimiento tenga que tomar en serio el hecho de que ha sido modelado a partir del polvo del suelo: encontrar a Dios es reencontrar su propia finitud a través de los vínculos con el cosmos.

El sujeto, trabajado por este doble movimiento de duelo y resurrección, se siente posiblemente desorientado en su vida afectiva. También tiene necesidad de pausas en las que todo parece pacificarse, y de momentos fuertes de gratificación en los que, como en el episodio evangélico de la transfiguración, la resurrección parece predominar sobre el duelo; en los que el agua viva brota como en el oasis del desierto.

Los místicos han comprendido bien al presentar a Dios como lo que Winnicott llama: “una madre suficientemente buena”: como una madre que no sumerge a su hijo en la angustia y le proporciona suficientes apaciguadores; pero que sin embargo no cesa de frustrarle para profundizar y purificar su deseo y hacerle así emerger, en la lentitud y la paciencia, a su estatuto de sujeto de palabra. Una madre así sabe que el hijo tiene necesidad momentánea de ilusiones que pueden constituir una especie de punto de apoyo provisional para enfrentar de manera aún más fuerte la realidad.

Del ídolo al icono

Para terminar, tratemos de pensar la distinción entre una buena y una mala regulación de la vida afectiva en la vida espiritual, recurriendo a la diferencia entre el ídolo y el icono. Una vida afectiva se extravía y se aliena si se vive al modo idolátrico; se expande y se libera si se vive al modo de un apego a un icono.

El funcionamiento idolátrico se vale de las diversas realidades de la fe para hacer reflejo del sueño de omnipotencia que habita el sujeto. Estas realidades, en lugar de remitir a una alteridad, fascinan la mirada, prometen al sujeto que llegará a no tener fallas, a ahorrarle la duda, la debilidad, el fracaso, y en definitiva, la muerte. A diferencia de Yahvé en el Exodo, o de Jesús, ambos caminan con aquéllos a quienes invitan a peregrinar en la fe y en la esperanza de una tierra que todavía no se ve, el ídolo es un objeto estático. El hombre es quien lo hace moverse y caminar según sus deseos. Y cuando lo invoca, detiene su marcha para postrarse ante él, divinizando falsamente lo que él mismo fabricó. Por otro lado, el ídolo hace promesas desmesuradas que es incapaz de mantener.

Se reconoce una estrategia narcisista cuando cada una de las realidades de la fe está investida por la afectividad del sujeto de tal manera que ésta le impide hacer surgir en verdad su deseo.

El apego al icono es muy diferente. Como el ídolo, el icono moviliza también los afectos: toda la sensibilidad se pone en acción en una especie de raptó ante la belleza de la figura que presenta a la mirada. Pero este raptó no es una huida de lo real. Es asumir y traspasar de la sensibilidad y de toda la condición carnal, para dirigir la mirada más lejos y abrirla así a una alteridad que se encuentra mucho más allá de lo que la sensibilidad puede percibir. El apego icónico abre siempre al misterio sin que de ninguna manera esté desligado de la afectividad. Lejos de petrificar e inmovilizar al sujeto, el icono, por ese “no sé qué” que lo habita, provoca una búsqueda incansable, frecuentemente desinstalante, pero pacífica en el fondo. Quien acepte entrar en el arrebató que provoca es remitido de profundidad en profundidad, hasta llegar a comprender finalmente que no hay que buscar de-finir (delimitar, hacer “finita”) esta belleza, sino amarla; porque lo que trabaja el icono es en definitiva el Cristo, el icono mismo del Dios invisible (Col 1, 15) este Dios cuyo nombres es amor.

La vida espiritual, considerada bajo el ángulo de la vida afectiva, es esta purificación continua de la mezcla de apego idolátrico y apego icónico; porque se trata precisamente de una mezcla. No podemos soñar en un estado en el que se invistan perfectamente las realidades de la fe como lo que ellas son en sí, es decir, como iconos. El exceso de narcisismo y las tendencias pecaminosas que nos habitan nos conducen siempre a investir parcialmente la figura de la Revelación de manera idolátrica. Pero el Espíritu de Dios, que conduce poco a poco “a la Verdad completa”, se encargará de purificar nuestras afecciones, de tal manera que se

vayan transformando cada vez más en acogida de Cristo, el único icono perfecto del Padre.

(De la revista *CHRISTUS*, -14,rue D'Assas, 75006 París, Francia- No.151, julio 1991, pp.264-274. Traducción: Diego Martínez Martínez, S.J.)

La evangelización es anuncio de salvación y ésta sólo se realiza manteniendo una estructura trinitaria. "Se peca contra el Padre cuando desaparece el misterio de estar remitido a otro salvíficamente, en favor de la autoafirmación absoluta; es el vaciamiento de la realidad creatural del hombre. Pero también se peca cuando se le exclusiviza y se le absolutiza. Entonces aparecen los monarquismos políticos y paternalismos eclesiásticos que confunden el libre designio del Padre con la imposición de una arbitraria voluntad... Se peca contra el Hijo cuando desaparece lo concreto, histórico, escandaloso y normativo de Jesús en favor de la pura transcendencia o el sentimiento... Pero se peca también cuando se le exclusiviza y absolutiza. Entonces surge la imitación voluntarista, la ley sin espíritu, la secta cerrada... Se peca contra el Espíritu cuando desaparece la apertura a la novedad histórica... la voluntad de seguir dando vida en la historia... Pero se peca también cuando se le exclusiviza y absolutiza. Entonces surge el anarquismo, el olvido de lo concreto de Jesús y el rechazo de lo que de peligroso tiene su recuerdo"

Sobrino J., "Dios" en Floristan C. - Tamayo J.J., *Conceptos fundamentales de Pastoral*, pp. 257-258.